

CAPÍTULO CUARTO.

ECONOMISTAS DE LAS ESCUELAS SOCIALISTAS.

En la dirección socialista, en la cual se dan, también, como en la anterior, diversas gradaciones,¹ figuran, como más notables, los siguientes, casi todos profesores: Lampértico, Luzzatti, Cusumano, Ferraris,² Cossa, Puglia, Vaccaro, Loria, Turati y Colajanni; cuya enumeración puede decirse que expresa la gradación que representan, desde los más cercanos al individualismo, los menos puros, que podríamos decir que son los primeros, hasta los más lejanos de aquel, los más puros, que son los últimos.

Lampértico y Luzzatti fueron los primeros que introdujeron en Italia, importándolo de Alemania, el método histórico aplicado á la Economía política.³ Cusumano tiene, desde hace tiempo, publicados estudios histórico-críticos muy apreciables y muy eruditos.⁴ Ferraris tiene asimismo interesantes trabajos de Estadística, á la que se consagra con predilección, de Administración y de Economía política.⁵ Cossa, más popular en España que los otros, por sus libros de Economía,⁶ es uno de los que más han hecho en pro de esta ciencia. Y Pu-

1 Desearíamos que se tuviera esto muy presente. No decimos "socialistas," como tampoco "individualistas," sino en un sentido muy general, y para dar algún nombre á las cosas. En cada grupo comprendemos ciertos autores, cuyas teorías protestan—y ellos también protestarían—contra la calificación de "socialistas," entendida la palabra en el mal sentido que de ordinario se le da. Nosotros comprendemos en el grupo cuyo estudio empezamos ahora, á todos aquellos pensadores y tratadistas italianos que son refractarios á las ideas y doctrinas de los economistas smithianos, antiguos y modernos, inclinándose á considerar y estudiar la Economía con el método de alguna de las escuelas alemanas contemporáneas (la realista, la histórica, la social, etc.) Por esto es por lo que, en apariencia, no podemos estar conformes con Colajanni, el cual, tomando la voz en una acepción distinta de aquella en que nosotros la tomamos, no sabe que haya en Italia más cultivadores del socialismo científico que F. Turati, C. Prampolini y algún otro ("Socialismo," cap. 2º), ni con A. Bertolini, el cual en la "introducción" que antepone á la traducción de "El Socialismo contemporáneo" de Rae, se hace solidario de la afirmación de Colajanni. (Véase dicha introducción, pág. 5); mas en el fondo no discrepamos.

2 Véase Boccardo, pref. al vol. 4º de la "Bibl. dell'Ecom.," pág. 46.

3 Idem, pref. al vol. 1º, pág. 30, y pref. al vol. 4º, pág. 8.

4 "L'Economia politica nel Medio Evo," Palermo, 1874; "Sulla condizione degli studi economici in Germania," en el "Archivio giuridico," vols. 11 y 12, 1874; "Le scuole economiche della Germania in rapporto alla questione sociale," Nápoles, 1875.

5 El más importante de todos es el siguiente: "Saggi di Economia, statistica e scienza, dell'amministrazione," Turin, 1880; pero tiene otros muchos, especialmente en las diferentes revistas y en su "Anuario."

6 "Guida allo studio dell'Economia politica, Milán, 1878;" "Primi elementi di Economia politica," Milán, 1878; "Saggi di Economia politica," Milán, 1878.

gla, Vaccaro, Loria, Turati y Colajanni, aunque más jóvenes que los otros, son ya tan populares quizá como ellos, y desde luego más entusiastas de las cuestiones que la Economía moderna tiene que resolver; antes bien son los iniciadores de algunas de esas cuestiones.¹ En estos entusiastas jóvenes, y en otros de los que ya hemos estudiado, es en los que la Economía italiana tiene hoy sus más fecundos cultivadores y en los que, con razón, debe cifrar sus esperanzas. Es en sus trabajos asimismo, especialmente en los de Puglia, Vaccaro, Loria y Colajanni, pues que de Turati nos hemos ocupado ya en la sección referente al Derecho penal, en los que nosotros nos fijaremos, al propio tiempo que en dos recientes artículos—y justamente por ser recientes—del Senador Lampértico.²

1 La relación, por ejemplo, de la cuestión social con la cuestión penal, la ha planteado, ó por lo menos la ha ilustrado y explicado mucho más de lo que lo estaba, y ha dado ocasión para que otros la ilustren y expliquen, Felipe Turati; la cuestión de la influencia de la riqueza en la constitución política de un pueblo, la ha puesto ó la ha renovado enteramente, Aquiles Loria, en su *prolución* al curso de 1885-1886; y la cuestión de la lucha por la existencia de la sociedad humana, la ha discutido y estudiado acaso como ningún otro economista ni sociólogo, Angel Vaccaro.

2 "Transformismo e Sociologia," en la "Nuova Antologia" de 1º de Mayo de 1884; "Le leggi naturali economiche," en el "Giornale degli Economisti," núm. 1º, 1886. —Su obra fundamental, sin embargo, es la "Economia dei popoli e degli Stati," Milán, 1874-1884, cuyo título recuerda el concepto que de esta ciencia tenía A. Smith. Hasta el presente, van publicados los siguientes tratados: "Introducción," "El trabajo," "La propiedad," "El comercio,"—"El crédito." Falta el volumen referente á "La población" para concluir la "Economía de los pueblos;" después empezará la "Economía de los Estados."—Para que nuestros lectores puedan formarse una idea del carácter y mérito de esta obra, reproduciremos el juicio que de la misma ha publicado poco hace el citado "Giornale degli Economisti," núm. 3º, 1886, siempre de más valor que el que nosotros pudiéramos emitir: "La obra de Lampértico no es un tratado, ni es tampoco una serie de monografías, sin vínculo alguno entre sí; participa un poco de ambas cosas, puesto que, al paso que cada volumen es una monografía completa, su conjunto comprende un tratado de toda la ciencia económica, ó al menos lo comprenderá cuando esté concluida la publicación. Así, en la "Introducción" se desenvuelven ampliamente las nociones generales de la ciencia y las bases fundamentales de la producción y del cambio, y después está consagrada una larga parte á las cuestiones, todavía tan inciertas, del método y de las leyes económicas. En el segundo volumen hallamos una monografía completa, en medio de su brevedad, sobre la historia del trabajo, y se tratan las cuestiones más graves relativas al sistema industrial de nuestros días. En el volumen relativo á *La propiedad*, se halla desenvuelto todo el argumento ó materia de la distribución de la riqueza. Y en los dos últimos, sobre *El comercio*, y sobre *El crédito*, el de la circulación. El autor, nada exclusivo en lo que se refiere á los opiniones (a), ha seguido una dirección ecléctica, recurriendo, para los argumentos, á los mejores tratadistas científicos ita-

(a) Cusumano dice, en el citado artículo del "Archivio giuridico," que la obra de Lampértico está "inspirada en moderados y serios principios."

En el primero de dichos artículos, no trata ninguna cuestión económica propiamente tal, y sin embargo es muy importante para conocer, en general, sus siempre inciertas opiniones económicas. La cuestión que se pone es la de las relaciones entre la Biología y la Sociología, cuestión que envuelve, como es sabido, otras muchas, cuya solución viene á proyectarse, inmediata y forzosamente, sobre la Economía política. Lampértico rechaza con argumentos sacados de la paleontología, de la historia natural, de la fisiología y de la filosofía—ciencias en que se apoyan los que sostienen una tesis contraria á la suya—la fusión de aquellas dos ciencias, como así bien rechaza la identidad del organismo corpóreo con el social—uno de los cuales está más sujeto y obedece más que el otro á la influencia del *medio ambiente*; uno de los cuales nace, crece, decae y muere; y el otro, «el grande organismo de la sociedad humana, vive una vida continua que incesantemente se renueva en sus elementos constitutivos,» gozando del *ensemble des fonctions qui résistent à la mort*, que decía Bichat; uno de los cuales viene ya formado por la naturaleza, el otro le forma el hombre, aquellos y extranjeros, y especialmente ha contribuido mucho á dar á conocer en Italia las ideas de muchos economistas alemanes, cuyas obras, por su gran volumen y por las dificultades de la lengua y del pensamiento, son inaccesibles ó casi inaccesibles para muchísimas personas.... Lo cual no es decir que el autor, entre las numerosas teorías que presenta á los lectores, haya siempre sabido elegir las mejores....; pero de este modo, el lector, viendo la cuestión bajo todos sus aspectos, llega á formarse una opinión propia.—Nos veríamos muy embarazados si hubiéramos de definir el método seguido por el autor en toda su obra; y respecto á sus opiniones filosóficas, en cuanto á la ciencia económica se refiere, debemos confesar que no hemos llegado á formarnos un concepto claro, ni aun después de leer el largo artículo que ha publicado sobre las *leyes económicas* en el primer número de esta misma revista. Secuaz ortodoxo de la vieja escuela, no lo es, ciertamente, Lampértico; ni puede decirse que siga servilmente la dirección histórica ó la de los socialistas de la cátedra. Contra los positivistas ha embestido últimamente en el citado artículo, llamándolos «enemigos jurados del positivismo,» y peor los trataba, poco años hace, en un artículo publicado en la «Nuova Antologia,» en la cual se declaraba adversario decidido de la filosofía de la evolución. Sin embargo, nos parece que Lampértico tiene su parte de positivista, que lo es en los hechos, si no en las palabras, en su obra; pues, en efecto, ésta contiene una cantidad grande de hechos, más que de abstracciones, y es riquísima en noticias históricas que arrojan mucha luz sobre la teoría, especialmente en los volúmenes que se ocupan del trabajo, del comercio y del crédito. La *ley de especificación* que hace intervenir en el desenvolvimiento de todos los fenómenos económicos y que ilustra y explica muy especialmente á propósito de los trasportes y del crédito, no es, en el fondo, más que la ley de la evolución, entendida de un modo algo diferente; ni ningún evolucionista habría, ciertamente, puesto de relieve la evolución y la socialización de los medios de transporte y de comunicación mejor que lo ha hecho Lampértico en algunos capítulos magistrales de su *Comercio*. De esta manera, el autor, sin ser positivista, ha venido á ser positivo....»

fatal, éste voluntaria y libremente—y rechaza, por consiguiente, en realidad de verdad, las *leyes naturales* económicas,¹ pues que el aspecto económico de los actos humanos es, para todo el mundo, y para Lampértico también, un aspecto social, y la sociedad no sigue ni está sujeta, según él, en su evolución, á las leyes á que están sujetos los demás organismos; que por algo, en la misma escuela darwiniana, se llama «superorgánica» y no simplemente «orgánica,» á la evolución social.

Esto es lo fundamental del artículo de la *Nuova Antologia*. Lampértico no saca en él todas las consecuencias económicas, ni hace todas las aplicaciones que de su doctrina pueden hacerse, y hasta se puede decir que no hace ninguna, si se exceptúa la de la lucha por la vida y la selección que, como es de suponer, contradice, sustituyéndola en la humanidad con la ley del amor de unos hombres á otros. «Todos concurrirnos, dice, á una gran ley común. ¿Prevalecen los sanos y los fuertes? El mismo egoísta, sin saberlo, provee al bien de los futuros. La ley del amor es, forzosamente, observada aun por el rebelde; pues sobre la tierra ó en la tumba pagará y descontará su rebelión y el mentido momentáneo triunfo. ¿Dónde hallar la fórmula, la ecuación, la expresión de esta ley? La función de la gran incógnita es trascendente, las cantidades exponenciales son integraciones del porvenir. No es una ley de destrucción y de violencia la que hace grandes á las naciones y respetados á los pueblos; la ley de la conservación debe ser, necesariamente es, ley de amor.»²

1 Esta confesión no la hace el autor de un modo claro; pero nos parece que se deduce naturalmente de los principios que sienta. Zorli, por el contrario, refiriéndose á la obra de Lampértico «Economia dei popoli e degli Stati,» dice: «Lampértico admite, como Cossa, las leyes naturales, pero añade que no conviene exagerar la noción de las mismas en el propio orden físico, y que las leyes naturales económicas pertenecen, además, al *orden moral*, esto es, al que se desenvuelve mediante la libertad humana. Rechaza, por consiguiente, el *absolutismo* de las leyes económicas (lo que, á nuestro entender, es lo mismo que negarlas, al menos en el sentido que las conciben los individualistas puros, smithianos ó sociólogos).—Lo cual es, por otra parte, explicable. A estos nuevos economistas (á Lampértico, Cossa, etc.) les ha sucedido lo que necesariamente sucede á todos aquellos que han sido educados en un determinado ambiente científico, y á los cuales ha empujado luego hacia otro la fuerza de la verdad: no saben romper enteramente los vínculos que les ligan con el pasado, y siguen un *indirizzo medio*, como ellos dicen, el cual consiste, especialmente, en aceptar las consecuencias de los nuevos principios, sin renunciar á los de su escuela, antes bien, dando á entender que pueden obtenerse aquellas consecuencias de las viejas teorías» («Emancipazione economica della classe operaia, págs. 265 á 267»).

2 «Selección, lucha por la existencia.» También aquí se manifiesta cuán equivocada

En el segundo artículo, que es el que expresa mejor que ningún otro de sus escritos el pensamiento último del autor, por ser ahora muy reciente, se cierne también en abstractas generalidades sobre las leyes económicas, estando completamente indeciso en cuanto á la cuestión de si son, ó no, naturales, como las leyes físicas. Puede, sin embargo, decirse que de palabra admite aquellas leyes, pero en realidad las rechaza, al menos en el sentido que los ortodoxos dan á esta voz; puesto que para él, si las leyes económicas son naturales, lo son *hasta cierto punto*, son *leyes límites*. Las leyes absolutas, inmutables, independientes de lugar y tiempo, de que los individualistas hablan, esas no existen para Lampértico; sino tan sólo las leyes que, aun siendo naturales, se modifican y varían en cada momento, persona, lugar, etc.—El artículo de que nos ocupamos es, con todo, muy interesante, y hasta, quizá, la solución del autor, que es, en el fondo, la del positivismo,¹ sea la más acertada.

Muy aproximadas á las de Lampértico, en este y en otros puntos, son las opiniones de los autores citados más arriba, sobre todo de los que se acercan al modo de ser de la escuela realista alemana, como Cossa, Duzzatti, Cusamano, etc.

* *

El fecundo escritor Fernando Puglia, el cual, con innegable competencia, ha tratado de los más importantes problemas que en el día tiene planteados la filosofía jurídica, se ha ocupado también directamente é impropia mente se llevan á la Sociología expresiones propias de las ciencias naturales. Puesto que la lucha por la existencia implicaría la idea de guerra, de destrucción, mientas que Darwin mismo advierte que la expresión empleada por él lo es en un sentido amplio y analógico, comprensivo de las relaciones de mutua dependencia de los seres organizados, y, lo que importa más todavía, que no se refiere exclusivamente al individuo, sino á la cadena que une entre sí á las generaciones. Entendida en este sentido, la lucha por la existencia se convierte en lucha de civilización; obra, sí, de conquista, pero de conquista de nuevos progresos.—¿Hay hasta aquí alguna diferencia entre la manera como Lampértico entiende la lucha por la vida y la manera como la entiende Minghetti, y sin embargo, vienen figurando en escuelas distintas? Y la cuestión no es de las que pueden llamarse secundarias; es principal y muy principal. El autor no admite que la lucha por la existencia tenga en Sociología la fuerza que en Biología, por otra razón, y es la siguiente: que conduce derechamente al dominio de la aristocracia, como ha probado Hæckel, á quien cita. Son las medidas sociales las que poco á poco van igualando á los individuos; medidas que cada día van siendo mayores y que van proporcionando armas para la lucha á los unos y acogiendo piadosamente á los que se quedan rezagados en el camino del progreso, ó á los que son vencidos. En una palabra (y este es otro indicio para conocer las opiniones moderadas del autor), "la humanidad progresa con cierta ley, es verdad; pero esta ley no hace más que señalar los límites de variación."

¹ En este mismo artículo exige Lampértico la aplicación del método de observación y experimento al estudio de la Economía política

mente del problema económico, en un libro publicado hace poco tiempo.¹ Las leyes económicas, la lucha por la existencia y la lucha por el derecho, las relaciones del individuo y el Estado, la relación del fenómeno económico con el social y el jurídico, y de la Economía política, en lo tanto con el derecho, el problema acerca de si los hechos económicos son los que forman la base de todos los demás y si estos presuponen á aquellos, la necesidad de codificar el derecho económico.... todas estas, y otras enlazadas con ellas, son las cuestiones de que el autor se ocupa.

El sentido que inspira toda su doctrina es el mismo de la escuela realista alemana, esto es, la del socialismo autoritario conservador. «Nosotros, dice él mismo, nos hemos colocado entre aquellos que sostienen ser necesario una *legislación social*; y aun reconociendo con Minghetti que aquella debe representar el principio de tutela, de socorro y de educación, que corresponde al Estado, declaramos que tal y como ha sido concebida no puede tener la virtud de conducir á aquella mejora social, que es la aspiración de todos. A nuestro entender, no bastan las leyes inglesas de tutela y de socorro (*protective enabling acts*), las cuales deberían demostrar á los economistas arcadiacos y á los secuaces de la escuela ortodoxa, que, en vez de *liberal*, debería llamarse *anárquica*, el error en que han incurrido. No bastan las leyes sobre saneamiento, higiene, limpieza y ventilación de las fábricas manufactureras y las leyes sobre las minas; no bastan las leyes que determinan el modo como es preciso reparar los daños ocasionados por consecuencia de los desastres que tienen lugar en las fábricas y en las minas; no bastan las leyes sobre el trabajo de las mujeres y de los niños, sobre la institución de los arbitrajes para resolver las cuestiones habidas entre capitalistas y trabajadores, entre los operarios y los dueños; no basta favorecer la enseñanza técnica para habilitar á los que quieran dedicarse á algún oficio; no basta la constitución de las Sociedades de socorros mutuos y de seguros contra los peligros y accidentes del trabajo; no basta el acto de 1878 del Gobierno inglés, que llegó hasta el punto de dar á las autoridades locales facultad de hacer expropiaciones por causa de utilidad pública en las casas que se considerasen malsanas, de echarlas al suelo y reedificarlas;—sino que *se necesita un vasto sistema de reformas sociales* que puedan resolver los múltiples problemas de que está constituida é integrada la denominada «cuestión social.»²

¹ "Il diritto nella vita economica," ensayo de Filosofía jurídica; Milana, 1885.

² *Ob. cit.* págs. 9.ª y 10.

El autor, por tanto, reconoce la necesidad de que el Estado intervenga en la regulación de la mayor parte de los fenómenos económicos, puesto que no tiene, según él, una función meramente *negativa*, como suponen los kantianos, sino también *positiva*; ¹ ni siquiera una función exclusivamente *jurídica*, como creen los secuaces de la escuela liberal ó economista ortodoxa, sino que también debe tener una función económica, educativa, etc. ²

Las leyes económicas son, para él, naturales, sí, como lo son todas las leyes y todos los fenómenos; mas no por esto inmutables, sino que resultan, al igual de todos los hechos sociales, de una infinidad de elementos que varían en cada momento y en cada pueblo.

Una solución análoga da á las demás cuestiones de que se ocupa.

En una palabra, Puglia resuelve los problemas económicos con arreglo á los principios del *naturalismo* jurídico, de que él es en Italia uno de los más ardientes defensores: principios que algunos tendrán por moderados, en cuanto, según él, no conducen (y ya lo veremos más adelante) á las exageraciones y exorbitancias á que los quieren conducir algunos.

* * *

Vaccaro ha estudiado con gran acierto el problema de la lucha por la existencia y su aplicación á las relaciones humanas. ³ Como quiera que la mayor parte de los discípulos y secuaces de Darwin y Spencer han pretendido aplicar á la sociedad humana, con la misma pureza y vigor que á los seres del mundo vegetal y animal, las leyes de la lucha por la vida y de la selección natural, creyendo, por consiguiente, que, entre los hombres, se realiza siempre el progreso por la sola eficacia de las fuerzas de la naturaleza, jamás neutralizadas y contrariadas en su acción por otras causas naturales ni sociales; el autor se ha propuesto discutir si es verdad, y hasta dónde, esta opinión, ó si por el contrario, no lo es sino en parte y con limitaciones; siendo de advertir que su *estudio*, como él modestamente lo llama, ó su *crítica*, como nosotros podemos considerarlo, acerca de la lucha, lejos de estar

1 *Id.*, págs. 58 y sigs.

2 *Id.*, pág. 41.

3 "La lotta per l'esistenza é i suoi effetti nel umanità," Roma, 1886. "Genesi e funzione delle leggi penali, ricerche sociologiche," Roma, 1889. Este libro es una aplicación al orden penal de las doctrinas del autor acerca de la lucha por la existencia. En el número de la "Revista de Legislación y Jurisprudencia" de Madrid, correspondiente á Enero de 1891, se ha publicado un juicio crítico del mismo.

inspirado en perjuicio alguno metafísico, religioso ó político, no tiene más interés ni otras miras que los puramente científicos. ¹

Las observaciones que al efecto hace para demostrar que la lucha no se verifica en las condiciones de que los darwinistas hablan, ni produce siempre los efectos que, de cumplirse aquellas, debiera producir, son, en nuestro juicio, muy atinadas y lo bastante claras para que, sin esfuerzo alguno, las entiendan todos.

Una de aquellas es que la lucha se debe realizar *en igualdad de condiciones normales*, con el fin de que la victoria no se deba á circunstancias *extrínsecas* y *accidentales*, y sí *únicamente* á los *caracteres individuales* de los que luchan. ² Pero este requisito, que ni siquiera se cumple entre las plantas y los animales, ³ se cumple muchísimo menos entre los

1 Véase lo que á este propósito advierte en el prefacio. Asimismo en el capítulo segundo dice lo siguiente: "En la época en que el hombre se jactaba y enorgullecía de ser la imagen de Dios, y se creyó que poseía una naturaleza privilegiada, y juzgó ser la Tierra el centro del Universo, y haber nacido todas las cosas con el fin de servir á la satisfacción de sus necesidades y de sus caprichos; en la época en que pensadores como Descartes y Malebranche consideraron á los animales como autómatas, en que Buffon dijo en uno de sus momentos de entusiasmo: "sólo el hombre es obra del cielo, los animales no son más que producciones de la tierra," el indagar si las leyes que rigen la vida de los vegetales y de los animales son también aplicables al hombre, hubiera sido una impiedad. Pero hoy ya es cosa perfectamente sabida que la Tierra, en lugar de ser el centro del Universo, es uno de los planetas secundarios de nuestro sistema solar. . . . un granillo de arena lanzado en el inmenso océano del Universo. Hoy, además, es una cosa perfectamente segura que entre los minerales, los vegetales y los animales existe una conexión tan estrecha, que no podemos menos de confesar que todos los seres constituyen una serie de fenómenos derivados de evoluciones sucesivas de la materia indestructible; por cuya razón no puede ya el hombre ser considerado como una criatura solitaria, sino como la expresión más perfecta del mundo orgánico presente, y de consiguiente el estudiar é indagar si le son aplicables las leyes de la lucha por la existencia y de la selección natural, es una exigencia científica." "La lotta per l'esistenza," etc., páginas 27 y 28.

2 *Ob. cit.*, páginas 14 y siguientes.

3 Efectivamente, las plantas y los animales sufren de muy distinto modo las influencias del ambiente físico, siendo, en muchas ocasiones, más castigadas que las demás las especies más robustas y las de vida más exuberante. Por otra parte, en la lucha de unas especies contra otras, ocurre muchas veces que los individuos más débiles luchan en ventajosas condiciones contra los más fuertes, llegando á veces hasta producir su muerte: tal sucede con los animales parásitos respecto de aquellos que convierten en víctimas suyas. Y, por fin, en la lucha entre individuos de una misma especie, no son siempre los mejores los que sobreviven, sino que, en ocasiones, suelen los más débiles aprovecharse de algunas circunstancias de tiempo, de lugar, de número, etc., para vencer á aquellos y vivir á sus expensas. A lo cual hay que añadir: que como cada individuo procura aprovecharse de las ventajas que su situación le proporciona sobre los demás de su especie ó de especie distinta y asegurar dichas ventajas para lo futuro, acomodando á ellas su organismo, y como consecuencia, "cada ser se perfecciona en relación con las condiciones orgánicas en que vive, es decir, en relación con el ambiente, resulta que si

hombres, los cuales, á las causas naturales de atenuación de la lucha, añaden varias otras artificiales que dificultan mucho, si es que no la imposibilitan, la selección y la supervivencia de los mejores y de los más aptos para la vida, de los más robustos, de los más inteligentes, de los más morales. — En primer lugar, no todos los hombres luchan contra el ambiente en igualdad de condiciones. «El pobre Fuegiano, desnudo y hambriento, se halla expuesto á las nevadas y á los terribles torbellinos que se desencadenan en la Tierra del Fuego, en grado muy diferente que lo que está el europeo, bien vestido, bien nutrido y con buena habitación.» — En segundo lugar, el hombre se halla obligado á luchar contra otras especies, ora, en la vida civilizada, con vegetales y animales pequeñísimos que destruyen su salud y su vida. Tal sucede con el microbio del cólera, con el de la tisis, con el de la fiebre amarilla y con el de otras varias enfermedades. — En tercer lugar, el hombre lucha con sus semejantes por adquirir los medios necesarios á su vida. «El hombre, en razón de la complejidad de su organismo, es el animal que más lentamente se reproduce, si se exceptúa el elefante. Sin embargo, se multiplica más rápidamente que los medios de subsistencia.» Y aun cuando la proporción establecida por Malthus, en cuanto al aumento de unos y de otros, no sea completamente exacta en el hecho, y no pueda menos de reconocerse el valor de las objeciones dirigidas contra esta teoría por Kautsky, por Messedaglia, por Colajanni y por otros economistas, «sin embargo, el hecho de que el hombre, lo mismo que los demás animales, *tiene una tendencia orgánica y virtual á crecer más rápidamente que los medios de subsistencia*, es un hecho firme é incommovible. ¹ Por cuya razón, los hombres se hallan obligados á luchar entre sí para disputarse los medios de subsistencia; y esta lucha será más ó menos dura y más ó menos encarnizada según que sea mayor ó menor la desproporción entre la población y los medios de subsistencia. Y si bien es verdad que en el seno mismo de la

el ambiente es favorable á las variaciones que tienden á hacer más complejo y elevado el organismo, tales variaciones se acumularán en caso de que se presenten. Si, por el contrario, el ambiente cambia haciéndose desfavorable para aquellas variaciones, y favorable para las que tienden á hacer el organismo menos complejo y elevado, las variaciones adquiridas en las primeras condiciones irán desapareciendo por ser perjudiciales, y se acumularán las contrarias.» De donde resulta que, en muchos casos, en vez de ser ascendente la selección y de significar un progreso, es descendente y significa un retroceso.

¹ Que la ley de Malthus es una tendencia, lo reconocen otros muchos economistas con el autor: ya hemos visto que así lo creen Zorli y Minghetti. También lo confiesa Majorana-Calatabiano, «Le leggi naturali,» etc., pág. 248.

lucha se despiertan y nacen los sentimientos altruistas, ¹ y que el combate entre los hombres se va haciendo cada vez menos cruento, adquiriendo formas más suaves, ² lo es, sin embargo, también que la lucha no cesará nunca en la humanidad, porque no parece posible que los medios de subsistencia aumenten tanto que lleguen á equilibrarse con la población. ³ — En cuarto lugar, mientras que los animales incorporan á su cuerpo todos los medios de protección y de agresión que, en la lucha y para la lucha, adquieren, haciéndolos *inseparables* de los mismos, los hombres, por el contrario, los *acumulan* y los *transmiten* á otros, los cuales, por esta razón, se ponen, sin mérito alguno por su parte, en condiciones ventajosas para la lucha. ⁴ Esta facultad de acumu-

¹ «Como en la lucha por la existencia de las diferentes tribus entre sí, tienen más probabilidad de sobrevivir aquellas cuyos componentes se causan menos daño, y, en caso de necesidad, se ayudan y auxilian más que los componentes de las tribus rivales, y esta probabilidad, excepto en casos excepcionales, es tanto mayor, siendo iguales las demás condiciones, cuanto menor es el daño que se producen unos á otros los individuos de la tribu, y cuanto mayores son los auxilios y los socorros que se prestan, resulta que el egoísmo y la ferocidad son atenuados por los sentimientos altruistas.» («La lotta,» etc., pág. 32.) «Yo creo, con Spencer y con Sergi, que el altruismo social se ha desarrollado con la lucha por la existencia, simultáneamente al egoísmo, y que es, como éste, una función de protección.» (Id., id., nota.)

² «Cuanto más se dedica un pueblo á las ocupaciones pacíficas; cuanto más convierte su actividad á luchar contra la naturaleza, tanto más disminuye, por efecto del menor ejercicio, su aptitud para las armas.» (Id., pág. 46.)

³ Yo estoy muy lejos de pensar con San Pablo, que «todo cuanto vive debe ser inmolado sin fin, sin medida, sin tregua, hasta la consumación de las cosas, hasta la extinción del mal, hasta la muerte de la muerte;» menos batallador que el apóstol, creo, por el contrario, que la lucha por la existencia, en su forma cruenta, llegará á hacerse muy rara, si es que no concluye del todo. Pero, aun cesando la guerra, no cesará la lucha por la existencia, sino que se transformará en concurrencia humana.» (Id., pág. 37.)

⁴ «El hombre, para librarse del frío, inventó vestidos, cabañas, palacios; para defenderse y ofender, inventó la tosca lanza de piedra, el cañón de 100 toneladas. Ahora bien; tanto en vida, como después de la muerte, el hombre puede dejar, y deja efectivamente á los demás, estos medios de protección y de ofensa, y trasmite á sus hijos, mediante la herencia fisiológica, los caracteres psíquicos que le permitieron inventarlos. Por el contrario, los animales no pueden transmitir á los otros su abundante pelamen, sus uñas y demás medios análogos, ni durante su vida, ni después de la muerte; no disponen más que de la herencia fisiológica para transmitir los caracteres de superioridad de que se hallan dotados. De donde resulta que, entre los animales solamente aquellos hijos que heredan tales caracteres de superioridad pueden servirse de ellos en la lucha por la existencia, mientras que aquellos otros que no los heredan se encuentran en condiciones de inferioridad respecto de los primeros, y, por lo tanto, languidecen, no dejan numerosa descendencia y están más expuestos á morir y á extinguirse. Entre los hombres sucede muy de otra manera. Habiendo diferentes modos de transmisión de los medios de desarrollo, de protección y de ofensa que hayan adquirido, ocurre que aquellos á los cuales se les han transmitido, ó que de cualquier otro modo se han hecho dueños de los mismos, aun cuando sean débiles y moralmente inferiores á los demás, se colocan con la posesión

lar y transmitir los medios ofensivos y defensivos produce muy malos efectos, porque impide que la lucha entre los hombres produzca sus naturales resultados, ó sea la supervivencia de los mejores en todos sentidos.¹—En quinto lugar, los hombres se comportan con los vencidos de manera más cruel aún que los animales. En efecto, cuando estos luchan entre sí, el vencedor despoja al vencido de su presa, pero no lo desarma ni le *quita los medios de protección y de ofensa*, mientras que, por el contrario, « los hombres, por efecto de su mayor inteligencia, cuando vencen á los enemigos, les *quitan artificialmente* los medios de desarrollo, de protección y de ofensa, y *aseguran sus ventajas* respecto á los mismos, *transmitiéndolas á los herederos*, los cuales, aunque sean débiles con relación á los vencidos, se encuentran en condiciones mejores para la lucha. » « Entre los hombres, todo se reduce á perder la *primera vez*; el vencido, aun cuando sea el más fuerte y la victoria haya sido debida á la casualidad, queda reducido á la imposibilidad de intentar de nuevo la prueba. »—En sexto lugar, los hombres no se contentan con desposeer á los vencidos de los medios de desarrollo, protección y ofensa, sino que practican con ellos, aunque *inconscientemente*, una *verdadera selección artificial*, desarrollando precisamente aquellas cualidades de inferioridad que les conviene, y oponiéndose al desarrollo de las facultades superiores. « El vencedor, para asegurar la obediencia y su larga dominación sobre los vencidos y todas las demás ventajas posibles, persiguiendo, maltratando y aun haciendo morir á los más rebeldes y más hostiles á la esclavitud, los más fieros, los más fuertes y valerosos, y conservando los más débiles, los más cobardes, los más humildes, los más obedientes, aquellos que con gran resignación se dejaban oprimir y sacrificar, pudo conseguir, con la reproducción de estos medios, en situación ventajosa, y en la lucha por la existencia, vencer á los mejores que están desprovistos de aquellos. El primer hombre que, dotado de una inteligencia superior á los demás, inventó el modo de hacer un vestido de pieles de animales para librarse del frío, se colocó en condiciones mejores que todos aquellos que andaban desnudos, y en la lucha con este agente natural, tuvo mayores probabilidades que estos de sobrevivir. Sólo que, no estando el vestido adherido al cuerpo del inventor, es muy fácil que otro hombre, ora por la fuerza, ora por la astucia, se lo haya quitado aun dándole muerte, » y de esta manera el vestido, lejos de venir á servir de abrigo al más inteligente y al más digno, puede llegar á ayudar á otro menos digno para vencer al primero.

1 « El poder de acumular más de lo necesario y de destruir lo superfluo, produce consecuencias muy perjudiciales para la selección, puesto que siendo los medios de subsistencia insuficientes para el natural desenvolvimiento de la población, resulta que aquel que se apropia más de lo necesario, impone una limitación á las necesidades de los demás, los cuales, aunque sean los mejores, son artificialmente proscritos del banquete de la naturaleza. » (Id., pág. 41.)

ción de estos tales, que los sentimientos de servilismo y de vileza *se fijasen en la especie*,¹ no de otra manera que los ganaderos, « conservando y haciendo reproducirse tan sólo aquellos animales en que encuentran los *caracteres* que desean, obtienen bueyes sin cuernos, cerdos de patas cortas y de mucho vientre, gallos reñidores, etc. »—En séptimo lugar, en todos los tiempos han existido varias otras causas que han perturbado y restringido la selección y demás favorables efectos de la lucha por la existencia entre los hombres, y que deben tenerse muy presentes para no equivocarse con respecto á las leyes con que el progreso se ha venido realizando, y con respecto al juicio que la presente organización social debe merecernos: tales son la antropofagia y los sacrificios humanos, el aborto, el infanticidio, la venta y la exposición de los infantes, la opresión en que ha vivido la mujer, la esclavitud, las castas, las clases y los privilegios que en todo tiempo han existido, singularmente en los órdenes político y económico, privilegios que todavía en los momentos actuales se hallan, por desgracia, muy extendidos.

Todas estas causas, que el autor estudia minuciosa y detalladamente, valiéndose de la historia, han servido de obstáculo y de rémora en todo tiempo á la selección y han retrasado mucho el progreso de la humanidad, aniquilando unas veces, al tiempo mismo de nacer, á los seres más robustos y sanos, impidiendo otras su normal desarrollo, y produciendo casi siempre la degeneración de vencedores y vencidos. Pero, de todas ellas, ninguna, quizá, ha originado tantos males ni causado tantos perjuicios como el privilegio económico y la desproporción y desigualdad de fortunas, hoy todavía reinante.² En el orden político hemos conseguido y adelantado mucho desde la Revolución francesa hasta el día; pero la transformación social que con aquella se operó ha redundado en beneficio, poco menos que exclusivo, de la burguesía. « ¿Qué valor podía tener la igualdad de derecho á los ojos de las muchedumbres hambrientas, cuando la propiedad y las riquezas permanecían en las manos de aquellos que se habían apoderado de ellas con el privilegio y la expoliación? » ¿Ni quién, sino el que se llama *tercer*

1 « Bagehot atribuye la decadencia intelectual de España á la obra del Santo Oficio, el cual, eliminando con el hierro y el fuego los hombres de inteligencia más despierta, hizo degenerar á toda la Nación. » (Id., pág. 48.)

2 « En los países más civilizados de Europa, toda la población se halla dividida en propietarios y proletarios. Y mientras que entre estas dos clases que han crecido la una al lado de la otra, debería existir una armónica correlación de intereses y de ideales, lo que existe es la rivalidad y el odio; y de tal modo va creciendo de día en día este antagonismo interno, que amenaza comprometer á la sociedad. » (Id., pág. 119.)

estado, es el que ha salido ganancioso en la lucha contra la nobleza y el clero, en la cual y para la cual tan eficaz ayuda le prestaron las clases pobres? ¿No ha empleado después todo su poder y sus energías en oprimir y esquilmar á estas, y, por lo tanto, en envilecerlas y degradarlas? ¿Cómo, pues, ha de creerse que en la lucha que actualmente tiene lugar en los pueblos civilizados, y para conseguir el puesto mejor salgan triunfantes los más dignos y los que más lo merezcan, cuando la presente organización social produce, entre otros efectos, la degeneración física, intelectual y moral de los individuos? Y, si los pobres y los débiles que en las naciones actuales existen, lo son por causas que no les son imputables, ¿será lícito y equitativo abandonarlos y eliminarlos en nombre del progreso y del mejoramiento social? En manera alguna. «Lo mismo que las clases que sufren se ven obligadas á soportar á aquellos que, aun no siendo los mejores, prosperan y usufructúan los más elevados puestos sociales; lo mismo que soportan los daños que provienen de la vida parasitaria que hace una multitud de holgazanes y viciosos, los favorecidos por la fortuna deben soportar con longanidad los males y daños que causan á la sociedad la imprevisión, el vicio y la corrupción de los miserables.» «Hasta tanto, pues, que semejante estado de cosas (el que resulta de la organización actual) no vaya cambiándose gradualmente, el socorrer y ayudar á los débiles y á los miserables, más que un acto de filantropía, es un acto de rigurosa justicia social.» «Los que aconsejan, en nombre de la selección natural, que se les abandone á sus propias fuerzas, á fin de que desaparez-

1 «Obligado el obrero bajo el imperio de la necesidad y del hambre, á ofrecer los propios brazos al empresario, al propietario, al capitalista, ha sido exprimido por estos en todas las maneras posibles, y en lugar de progresar, descendió hasta el embrutecimiento más espantoso.» (Id., pág. 116.)

2 Produce degeneración física, porque mientras los hijos de los ricos suelen vivir y llegar ó pasar de la infancia en proporción mucho mayor que los de los pobres (5 por 100 y 40 por 100 respectivamente, mueren en los primeros años de la vida) no porque sean mejores y más robustos que estos, sino porque reciben toda clase de cuidados; los hijos de los pobres, como carecen de lo necesario, ó después de muchos sufrimientos, se mueren en casa de los padres ó van á languidecer y sucumbir en los asilos. Produce degeneración intelectual, por parte de los ricos, porque en vez de emplear sus medios de fortuna en la educación de su espíritu, los emplean en banquetes, en caballos, en las partidas de caza, en las mujeres galantes, en el juego, etc.; y por parte de los pobres, porque la necesidad de dirigir todos sus esfuerzos á la adquisición del pan, les impide cultivar su ingenio y facultades. Produce degeneración moral, porque los favorecidos por la fortuna, en lugar de emplearla en ayudar á sus semejantes y en honradas empresas, se sirven de ella para cometer toda clase de desafueros y torpezas, y los desheredados necesitan ser verdaderos héroes para resistir á las tentaciones de la maldad. «La infelicidad hace malos á los hombres, y, como es bien sabido, los dolores que nos manda la naturaleza agrían bastante menos nuestro carácter que los que proceden de la sociedad.»

can más pronto de la tierra, deberían probar que actualmente, en las naciones civilizadas, son efectivamente los mejores aquellos que prosperan y gozan de los puestos sociales más elevados.»

Pudiera creerse que Vaccaro desconfía en absoluto del progreso humano y de la selección social, y sin embargo no es así; lo único que hace es oponerse á las pretensiones de los que piensan que en todos los casos tiene lugar una selección ascendente, sin por eso desconocer la virtud misma de la lucha, la cual, en medio de las dificultades que encuentra, sobre todo entre los hombres, para dar como resultado el mejoramiento y el progreso, concluye al fin por conseguirlos. «De todo lo expuesto, dice, y del examen concienzudo que cada cual puede hacer por su propia cuenta de la historia de todos los pueblos del mundo, es lícito deducir esta ley de dinámica social: que, por grandes que sean los privilegios que los vencedores puedan reservarse sobre los vencidos; por dura y brutal que sea la opresión, y por asegurada y previsora que sea la aplicación de la *selección artificial descendente*, eliminando los mejores de entre los vencidos y conservando los más díciles ante la tiranía; por grande que sea la degeneración de los vencidos, obtenida por semejantes medios, no siendo posible cancelar en estos los *caracteres humanos* y el *sentimiento de igualdad* que de ellos se origina, los vencidos, que son con frecuencia el mayor número, adquieren poco á poco conciencia de su fuerza y se libran, más pronto ó más tarde, de los opresores, los cuales, por el hábito del parasitismo, se hacen débiles y degenerados.» «Están, por consiguiente, en un error, á mi entender, aquellos darwinistas—y son el mayor número—los cuales con excesiva facilidad admiten un progreso social continuo, cotidiano é incesante, que se realiza por medio de las leyes inmanentes de la supervivencia del más apto, y su error proviene en gran parte de no haber tenido la debida consideración de la *selección descendente*, la cual ha producido en la humanidad la degeneración de vencedores y vencidos.»

(Continuará.)

Pedro Dorado.